

Emanuela Riva

*Más allá del
Abismo*

EMANUELA RIVA

Más allá del abismo J

Título original: Oltre gli abissi

Copyright © noviembre 2019 por Emanuela Riva

Traducción: Eveline Durand

© Imagen de portada 2019 de Nadia Novelli / Hoopenliefde

Todos los derechos reservados comprado o según lo dispuesto específicamente por la ley aplicable (Ley 633/1941).

Esta novela es resultado de la imaginación del autor. Por lo tanto, los nombres, los personajes y los lugares pertenecen a la ficción. Cualquier referencia a hechos, lugares y personas, vivas o muertas, son mera coincidencia.

Renuncia al poder de atraerme y yo renunciaré a mi voluntad de seguirte. (William Shakespeare)

Prólogo

El viento había comenzado a soplar impertérrito sobre las ramas, haciéndolas temblar violentamente. La luna, casi en el ápice de su plenitud, apenas iluminaba el mar, debido a una improvisada perturbación que oscurecía el cielo.

—Malos augurios —anunció Joseph, el grumete de la nave Royal Harmony, con el gesto preocupado y mirando al cielo. No le gustó como estaba cambiando rápidamente el clima. Deseaba atracar lo antes posible en el puerto de la ciudad de Namnha. Las tormentas le daban un miedo terrible. En sus años de servicio, siempre hubo viajado en aguas tranquilas. En verdad no quería experimentar una tormenta en aquel momento. Respiro hondo intentando tranquilizarse. Poco antes de la tormenta, el capitán había advertido que llegarían en una hora.

—Relájate, ya casi llegamos —dijo en voz alta para darse valor. En ese momento, un resplandor en las profundidades del océano llamó su atención. El olor salado se mezclaba con un regusto amargo, como a podrido, de algas en descomposición. Se inclinó más aún sobre la proa, pero no vio nada anormal. Un escalofrío sin embargo lo hizo estremecer cuando escuchó una canción celestial que parecía expandirse en el aire. Provenía de las profundidades, estaba seguro de ello. Nunca en toda su vida había escuchado una voz tan sublime, irresistible, seductora. Joseph comenzó a sudar frío. Contra toda lógica, estaba excitado.

¿Podría una voz, tan sólo una voz, volverlo loco de deseo? Se preguntó mientras gritaba, manteniendo las manos apretadas sobre sus oídos. Aquella canción estaba trasgrediendo su mente y alma. En seguida, la lluvia llegó prepotente junto a una secuencia de truenos y relámpagos que luchaban provocando una atmósfera más oscura aún. Las olas aumentaron exponencialmente chocando contra la nave una y otra vez. Los ojos de Joseph se abrieron cuando perdió el equilibrio y terminó tragado por las oscuras aguas.

El impacto contra el agua helada le cortó el aliento y su cuerpo fue blanco de múltiples agujones punzantes. Era el final, pensó, incapaz de mover un solo músculo, hundiéndose lentamente en agonía. Ahora, acabando sus fuerzas, vio una silueta que se acercaba. Intentó abrir más los párpados para ver mejor. Quedó con la boca abierta por el terror. Era un pez, pero parecía una muchacha sólo desde la cabeza a la pelvis. La parte inferior era una sucesión de tentáculos que lo envolvieron por los costados, arrastrándolo hasta pocos centímetros a la cara de la criatura. Lo último que vio Joseph antes de morir fue la sonrisa de la chica y un brillante caparazón colgando del cuello de la criatura. Pronto, sintió su último latido.

Capítulo I

Cris estacionaba no lejos de la orilla del mar de la ciudad de Namha, una ciudad muy soleada, cuyas olas eran la envidia de los centros turísticos costeros. Su mirada, como cada vez que escudriñaba las aguas verdes, límpidas y majestuosas, siempre era la misma, melancólica y fría como el hielo. Suspiró, apretando los puños por la frustración. Otro maldito año y luego finalmente volvería con su madre a las profundidades. También extrañaba terriblemente a sus amigos, excepto a Víctor. Por culpa de él, sería castigado por su padre, el rey de los mares. Había desobedecido sus reglas, yendo al continente, haciéndose pasar por un ser humano común con sus amigos tritones: Mack, Giveon y Víctor. De ser descubiertos pondrían en peligro a toda la especie.

Cris estaba fascinado con los humanos, por sus costumbres y hábitos, pero sobre todo le encantaba divertirse con sus mujeres. Ellas mostraban un carácter completamente diferente a las sirenas que conocía. Tenía que ingeniárselas con mil trucos para llevarlas a la cama y cuando lo conseguía obtenía una gran satisfacción para su ego de tritón mujeriego.

Víctor los había delatado para no meterse en líos, poniendo a Cris, Mack y Giveon en problemas. Sin embargo, sólo Cris había sido castigado de forma drástica y debía permanecer en tierra durante dos largos años sin tener contacto con el mundo marino. Se le había prohibido sumergirse en el mar y para evitarlo, se aseguraron de que ante el más mínimo contacto con el agua sufriría una fuerte descarga eléctrica. Por suerte su padre no le había quitado el poder del viento. Cris cerró los ojos color aguamarina, inhaló el olor a sal en los pulmones y luego volvió a abrir los párpados muy lentamente. Arregló su rebelde cabello color caramelo y se dispuso a ir a trabajar.

Por una extraña broma del destino, había encontrado trabajo como camarero en un restaurante a pocos metros de la playa. De otra manera, ¿qué otras tareas podía realizar? había pensado con amargura. No sabía hacer otra cosa que servir comida y bebida a las mesas. A él no le importaba mucho, también porque su salario era decente y le bastaba para sobrevivir.

—Llegas tarde muchacho. Date prisa, cámbiate y ve inmediatamente a tomar los pedidos a las mesas —gritó George, el dueño del restaurante con impaciencia. Era un hombre de unos cuarenta años, con el pelo canoso y un abdomen abultado.

—Sí, lo sé, lo sé. Me pongo directamente a su servicio jefe —respondió Cris en tono de broma y con una sonrisa de sorna. Odiaba que le dieran órdenes.

George lo miró, entrecerrando los ojos molesto: —Intenta ser menos fanfarrón. No te despediré sólo porque desde que te contraté hace un año, la clientela femenina ha aumentado exponencialmente.

Ante esas palabras, el ego de Cris se agrandó.

—Años y años de duro entrenamiento en el fondo del mar —dijo mientras se quitaba la camiseta para ponerse el polo verde oscuro con el nombre amarillo del restaurante. En ese momento, una docena de chicas aullaron excitadas al ver los esculpidos abdominales de Cris. Como respuesta movió los largos dedos entre su cabello sonriendo a las chicas y revelando unos dientes perfectos. Luego, sin ser visto, sopló ligeramente en dirección a una chica de pelo negro y una ráfaga de viento la sacudió haciendo que su falda se levantara. Él sonrió al pasar junto a la joven y la elogió por la ropa interior de encaje negro. Sonrojada de vergüenza y con las manos aferradas a su falda,

la chica le agradeció balbuceando. Antes de que Cris pudiera darle su número de teléfono, sonó un ruido en el salón y se escuchó a George regañando a Melanie. Cris suspiró poniendo una mano sobre su rostro. Melanie había estado trabajando con ellos durante dos semanas, pero no acertaba una y además, tenía un carácter muy frágil, con lágrimas siempre dispuestas a correr por sus mejillas a la mínima reprimenda.

—Esta es ya la quinta vez en dos semanas que se te caen los pedidos de clientes de las manos. La próxima vez te despido —advirtió George severamente con la cara enrojecida mientras Melanie se echaba a llorar delante de todos.

Vamos a rescatar a la damisela, pensó Cris con los labios apretados en una sonrisa de goce, ya anticipando su triunfo. Cada vez que la consolaba, ella le ofrecía un trago en casa para pagarle y ofrecerle su fruta prohibida.

A pocos pasos de Melanie, Cris se detuvo con los labios entreabiertos. Un intenso olor a sal lo remitió al éxtasis, nublando su vista por unos momentos mientras el corazón comenzó a latirle furiosamente en el pecho. Una hermosa joven se había interpuesto entre ellos.

Estaba emocionado porque nunca le había sucedido oler el aroma de alguien así.

Ella tenía el pelo largo y rojo como el fuego, hasta la cintura, atado con una cinta verde. Sus ojos azules permanecían entreabiertos, brillando con ímpetu y sensualidad. En toda su vida marina nunca había visto una criatura tan hermosa. Cuando la misteriosa chica habló con Melanie, su garganta se secó y le hizo tragar varias veces.

—Si puedo darte un consejo, nunca llores en presencia de un hombre. Nunca. ¿Me entiendes? Melanie la miró algo asustada, pero inmediatamente después asintió, secándose las lágrimas. Luego le dio las gracias llamándola Kirsten.

Tiene un nombre, pensó Cris, estirando el cuello de su camisa y sin poder respirar.

Kirsten notó que la observaban y automáticamente levantó la cara hacia Cris.

Tan pronto como sus ojos se encontraron, ella sintió un ligero temblor en todo su cuerpo, delgado y perfecto. Las mejillas comenzaron a arder involuntariamente y el corazón comenzó a latir desenfrenado. Era un joven realmente agradable, se dijo, pero al rato su mirada se volvió fría.

—¿Qué miras con cara de pescado? —preguntó ella irritada. Cris se endureció y cerró la boca aclarándose la garganta. Era la primera vez que no sabía qué responder. Al ver que el muchacho quedaba allí atravesado y sin hablar, Kirsten tomó el pedido de un cliente y se dirigió a servir a unos caballeros.

—Ehi Cris. Tú también te quedaste sin palabras al verla ¿verdad? —murmuró Lucas dándole una palmada en el hombro a Cris que le sacudió trayéndolo de vuelta al presente.

—Está trabajando aquí —dijo Cris.

El colega lo miró asombrado por su extraño comportamiento.

—Sí, trabaja aquí Cris. Hace tres días vino a hacer la entrevista y George la contrató.

—No lo sabía. Realmente es una belleza.

Lucas se rio brevemente diciéndole que se limpiara las babas que le caían y que desafortunadamente para él, Kirsten estaba comprometida. A Cris no pareció preocuparle mucho. Quería tenerla a toda costa. Experimentaba una suerte de posesión primitiva con Kirsten y no lograba dominarlo. Pero sí, habría hecho cualquier cosa para conseguirlo. Pero no sin antes poder calmar sus hormonas y apaciguar su miembro entre las piernas.

Durante el turno no pudo concentrarse en nada, no dejaba de observar de reojo a Kirsten mientras servía a los clientes. Con cada mirada que ella le devolvía, conseguía en él que el tiempo se detuviera. Su vientre se retorció y más de una vez se vio obligado a cubrir sus partes nobles con el menú del restaurante y correr al baño. En más de una ocasión se las arregló para acercarse a ella,

aprovechando que tenía pedidos en las mesas cercanas, pero cada vez que trataba de hablar con ella, la voz no le salía. Era realmente frustrante. Si continuaba así, no iba a ser fácil poseerla y hacerla suya.

Solo quedaban cinco minutos hasta el final del turno, debía resistir.

“Resiste Cris, tú puedes” decía tratando de convencerse, mirando su gesto estupefacto en el espejo del baño del personal. Nunca le había pasado de excitarse tanto con una mujer sin poder intercambiar ni unas palabras. Estaba mal, se sentía sofocado.

De repente, un intenso aroma a sal lo hizo temblar por unos momentos, como si una poderosa descarga eléctrica lo hubiera golpeado; la erección en sus pantalones aumentó haciéndolo jadear. Tenía imperiosamente que vaciarse o enloquecería, pero antes de que pudiera hacerlo escuchó golpear la puerta.

—¿Se puede? —Cris abrió los ojos como platos mientras con la mano sostenía el miembro erecto. Era Kirsten.

—Diablos ... —exclamó sin darse cuenta.

—¿Cómo? —preguntó la chica al otro lado de la puerta con expresión confusa.

—Sí, no, está ocupado. Salgo pronto.

Abrió el grifo del agua rápidamente y se masturbó, pensando en ella. En ella, que estaba a unos pasos de él. Ella, que en tan solo un día con su olor y su belleza lo había dejado así. No tenía otra opción, era absolutamente impensable abrirle la puerta en esas condiciones. Cuánto le hubiera gustado agarrarla y poseerla hasta que gritara.

Cuando salió del baño, la decepción se marcaba en su cara. Frente a él, estaba su jefe algo furioso.

—¿Qué demonios te pasa hoy, se puede saber? ¡Los ingresos en caja son pésimos y no atendiste a Tara lo más mínimo! —gritó George que parecía volverse morado.

Tara. Ahora que lo pensaba, le había parecido verla a última hora de la tarde. Ella era una cliente habitual, una mujer de mediana edad, viuda y con dinero. Se había encaprichado de Cris y él, todos los miércoles por la noche después de las horas de trabajo, iba a la casa de la mujer y se prestaba para hacerla disfrutar en todas las variantes. Ese día, sin embargo, la dama, al ver a Cris completamente ido por una estúpida muchacha, se levantó de la mesa sin esperar la bebida e indignada regresó a su casa.

El joven tritón bostezó como respuesta, apartó la cabeza casualmente y se fue a buscar a Kirsten. George quedó atónito, apretó los puños convulsivamente y gritó: —¡Cris! No te despido porque desde que te contraté hace un año ...

Cris lo interrumpió concluyendo la frase: —... la clientela femenina ha aumentado exponencialmente —rió divertido, pero por dentro sintió un vacío, una extraña tristeza.

Eran poco más de las tres de la mañana y Kirsten, después de narrar la pesadilla recurrente en la que mataron sin piedad a su madre, Úrsula, estaba en el baño, tumbada en el suelo en posición fetal.

Esta vez no era la arcada habitual, sino un dolor lacerante en las piernas.

Cada punzada le producía un sollozo que la dejaba sin aliento. Tenía que resistir el dolor, también porque siempre supo que pasaría al usar la magia del caparazón para obtener aquellas malditas piernas humanas. Era la única forma de encontrar al primogénito de Neptuno. No sabía qué aspecto tendría el joven y nunca le importó, hasta el fatídico día de luto. Solo sabía que Neptuno lo había castigado enviándolo a tierra firme.

Quería venganza.

Ahora tenía piernas; las había obtenido gracias al alma del marinero que con su caparazón había

absorbido, pero aún no encontraba al hijo del Dios de los Mares. Había estado buscándolo durante un año y empezaba a perder la esperanza. En aquel momento, la imagen de Cris surgió en su mente haciéndola sonrojar y por un momento se olvidó el dolor. Tal vez él ... sacudió ligeramente la cabeza porque era imposible que él fuera el tritón que estaba buscando tan desesperadamente. Demasiado estúpido, incluso si su belleza era divina. Sin tiempo para nuevas conjeturas, los dolores aumentaron rápidamente causando pequeños hematomas. Kirsten ya no pudo contenerse y comenzó a llorar y gritar sufriendo aquel dolor tan intenso. Unos momentos después, la puerta del baño se abrió de par en par.

—Mierda, Kirsten. ¿Por qué no me dijiste que estabas empeorando?

—Discúlpame —dijo débilmente, con la boca manchada de sangre. Los dolores habían sido tan fuertes que se había mordido la lengua varias veces. Poco antes de perder el conocimiento, pudo apenas levantar el rostro y cruzar la mirada verde esmeralda de los ojos preocupados de su inseparable amigo.

Kirsten se despertó sobresaltada con la primera luz del amanecer y la mano presionada contra el pecho para tratar de calmar sus frenéticos latidos. Las manos de Dan se posaron con delicadeza sobre la cara de la muchacha que pudo notar su calor y calmarse un poco.

—Oye, no te preocupes. Estoy aquí contigo. ¡Sssh! se acabó, no te preocupes.

—¿Dan? —preguntó con voz entrecortada por el sollozo y las lágrimas. No podía ver, la vista estaba cargada de innumerables puntos amarillos que bailaban por todas partes. Él confirmó que era Dan y la besó en la frente. En respuesta a su gesto, lo abrazó cerrando los ojos. Dan era toda su familia, todo lo que le quedaba. Sonrió tristemente sosteniéndolo más cerca de sí. Fue el único que no la excluyó. El único en no temer a la hija de Úrsula, la bruja que infundía terror en las profundidades.

—Gracias —expresó ella.

Él la apartó un poco, sonriendo y levantándole la cara para admirarla.

—¿De qué, si puedo saber? —dijo él burlándose. Ella lo miró con los párpados entreabiertos y su visión aún turbia.

—Por todo. No estoy bromeando, sin ti, bueno, no sé si podría haber continuado. Y perdona porque por mi culpa ahora estás en problemas con Neptuno y ...

Dan la interrumpió colocando un dedo sobre sus labios: —No tienes que agradecerme o disculparte Kirsten. Nunca me arrepentí de haberte seguido. Somos más parecidos de lo que piensas. Mi odio por esta raza nació incluso antes de que mataran a tu madre.

Kirsten lo besó en la mejilla y lo abrazó afectuosamente, devolviéndole él con más énfasis y respirando su perfume.

—Voy a preparar el desayuno. ¡Ah! Llamas a tu jefe para decirle que no vas a ir hoy.

—Pero ...

—Nada de “peros”, tienes que recuperarte —indicó señalando los vendajes de sus piernas que le hubo practicado durante la noche mientras estaba desmayada.

Afortunadamente, habían traído algunas algas Olij, que crecían sólo a una profundidad de tres mil metros. Eran milagrosas para los dolores y contusiones. La chica se ruborizó al mirar sus piernas vendadas y le agradeció. Cuando vio a Dan y su cabellera negra como el azabache desaparecer tras la puerta de la habitación, Kirsten suspiró. Nunca quiso meterle en problemas, pero el daño ya estaba hecho y además, ambos eran calificados como marginados. Ninguna criatura marina se habría acercado a ellos si hubieran vislumbrado la marca del tridente invertido grabada en sus muñecas.

Llamó a su jefe para decirle que faltaría aquel día y antes de ir a desayunar, se quitó las vendas y

entró prontamente en la bañera llena de agua con sal marina.

Aquella mañana Cris estaba muy agitado, las palmas de sus manos sudaban y se reía como un idiota. ¿Pero qué le estaba pasando? De hecho, ¿qué le estaba haciendo esa misteriosa chica? Por mucho que se preguntara, simplemente no podía encontrar respuesta.

Oteó el mar con cierta melancolía, como hacía todos los santos días antes de ir a trabajar. Cerró los ojos y trató de respirar el aroma de sal, algas y peces hasta la saciedad. Era aquel perfume llamado hogar.

—¿Quién lo hubiera dicho? No creí que echaras tanto en falta vivir con nosotros, pobres peces — se burlaba Mack, sacudiendo con los dedos la arena de su grueso cabello rojo.

—Tiene razón. Nadar todo el día es un aburrimiento mortal —dijo Giveon sonriendo.

Cris abrió los ojos de repente mostrándose incrédulo por momentos. Después su rostro se iluminó de alegría.

—Chicos, ¿qué están haciendo aquí? Que linda sorpresa. Dios, os extrañé —dijo lanzándose para abrazarlos.

—Oooh, tómalo con calma, amigo. Realmente nos extrañaste, ¿eh? —Mack se echó a reír a carcajadas, revolviéndole el cabello, algo que Cris no le gustaba demasiado. Él se alejó un poco mirándolo fruncido y arreglando su masa de rizos.

—No, justo esto no lo extrañé. ¿Sabes cuánto tiempo me llevó arreglarlos?

Giveon tomó la masa de rizos y los revolvió él también.

—Oye, oye. No, no os he extrañado. Para nada —dijo Cris tratando de alejarlos mientras los continuaba a regañar, pero terminaron echándose a reír todos juntos. Se sintió vivo de nuevo, feliz. Sí, había extrañado a sus mejores amigos.

—El castigo de nuestro padre no os bastó si estáis aquí —les recordó Cris, arrugando ligeramente la frente —algo me dice que vendrá otro tirón de aletas.

—Ah, no te preocupes por nuestro padre. Ya sabes cómo es —recordó Giveon. Mack puso su brazo alrededor del cuello de su amigo y lo acercó a él diciéndole: —Recordemos que tampoco es un santo, ¿eh! Él va y viene divirtiéndose con las mujeres terrestres. De alguien habremos salido. Tal padre ... tales hijos.

Los tres tritones se miraron entre sí echándose a reír hasta hacerles saltar las lágrimas.

—Y además no podríamos perdernos el concierto en la noche de las estrellas fugaces. Estamos impacientes por escucharte cantar. Tienes la voz más extraordinaria de todas en el abismo. Cris se sintió halagado e incluso un poco avergonzado por el cumplido de Giveon.

—Y luego —concluyó Mack—, no podíamos dejarte con todas las chicas. Entre hermanos todo se comparte.

Cris se cubrió el rostro sonriendo. Esos dos nunca cambiarían.

—Gracias. ¿Qué haría yo sin vosotros?

Capítulo II

Toda la semana laboral fue para Cris un calvario. Si estaba cerca de Kirsten sentía la necesidad de tocarla; la sensación era en realidad desconcertante. Su aroma lo desestabilizaba, le afectaba tanto como para hacer que hiperventilara.

No se reconocía a sí mismo. Le molestaban todos los varones, muchachos o colegas que le rodeaban. A ella sin embargo no parecía importarle, pero la situación le preocupaba y mucho.

No estaba con él, ni la conocía, pero no lograba sacársela de la cabeza. Incluso cuando no estaba cerca de él, la recordaba durante las noches en vela y con un deseo desenfrenado de poseerla, deseando que fuera solo suya, de nadie más.

Sus mejores amigos tampoco lo reconocían. Incluso pensaron que se había resfriado, como los humanos.

Al atardecer tenían que arrastrarlo casi a la fuerza para sacarlo a los locales de alcohol y hembras; realmente llegaron a pensar que lo perderían. Ni siquiera las fiestas que organizaban en su propia casa lo estimulaban.

—¡Eh, Cris! ¿podrías decirnos qué te ha pasado?

Cris suspiró, mezclando su Mojito todavía lleno con la pajita

—¿Qué? —murmuró en respuesta a Mack, con la mirada perdida en el vacío. Pensaba en ella.

Ambos tritones abrieron los ojos sorprendidos. Mack lo pilló por sorpresa y sujetando sus hombros, le obligó a girarse y lo miró con seriedad. Parecía que los ojos grises del tritón fueran a incendiarse en cualquier momento.

—¿Qué? ¿Pero, nos tomas por tontos? ¡Tu comportamiento Cris! Ya no eres tú. ¿Qué te pasó este año? O sea, mira a tu alrededor —dijo obligándole a mirar en dirección opuesta a la mesa, donde un grupo de hermosas chicas con diminutos vestidos reían medio borrachas en los sofás.

—No deberían beber tanto. Podrían encontrarse con algún tiburón hambriento y no ser capaces de defenderse con lucidez.

Mack palideció poniéndose la mano sobre la boca; estaba desconcertado. Sus ojos se humedecieron: —Giveon, lo hemos perdido —afirmó reaccionando con rapidez y tomando a Cris por el brazo, haciéndolo ponerse en pie.

—Te llevaremos a casa. Obligaremos a nuestro padre a traerte de vuelta entre nosotros.

Giveon lo detuvo: —Vamos, cálmate y siéntate. En mi opinión, es sólo un mal momento para Cris ... ¿estoy en lo cierto?

Cris los miró tratando de mostrar una sonrisa tranquilizadora: —Giveon tiene razón. Estoy un poco estresado por el trabajo y el concierto que se acerca. Ya se me pasará.

Mack resopló mirando a ambos sombríamente. Estaba a punto de sentarse cuando captó su atención una chica asiática de impresionantes curvas que miraba a Cris con malicioso guiño en sus ojos. El joven tritón sonrió para sí diciendo: —Chicos, ya vuelvo.

En el momento en que Mack se iba, Giveon se sentó junto a Cris: —Vamos, escúpelos. ¿Qué te pasa? ¿Tiene algo que ver una chica en esto?

Cris estaba impresionado, estaba a punto de preguntarle cómo logró entenderlo, pero su amigo se anticipó: —¿Cómo lo capté? Sencillo. Ojos de pez cocido, mirada soñadora y noches sin dormir. ¿Quién es esta Kirsten? —preguntó curioso.

—¿Cómo puedes saber su nombre? Nunca lo mencioné.

El amigo sonrió: —La otra noche repetiste ese nombre varias veces, y el pequeño amigo asomando entre tus piernas lo decía todo —comentó burlonamente haciéndole sonrojar de vergüenza—. Demonios, que estás realmente pillado. Tengo particular curiosidad por conocer esta sirena que te hechizó.

—Bueno, ella es una colega mía, pero desde que trabaja con nosotros, o sea dos semanas, aún no conseguí hablar con ella. No sé lo que me pasa. Tan pronto como me rozo con ella o huelo su perfume, pareciera que se me para el corazón, la garganta se seca, no logro hablar y me excito como nunca antes. Me estoy volviendo loco y no sé qué hacer —comentó afligido.

—Bueno sí. Estás mal. Tal vez Mack tenga razón al pensar que puedes haberte resfriado.

Cris lo miró molesto diciendo: —Parad un poco los dos. Estoy bien.

Su amigo levantó los brazos en un gesto de escepticismo: —Bueno, si tú lo dices. Pero te aconsejo que la invites a almorzar y luego al concierto.

Cris apuntó sus pulgares hacia arriba: —Por supuesto, decirlo es fácil.

Ambos se sorprendieron cuando Mack se les acercó con una sonrisa de oreja a oreja: —Hola chicos. Os presento a Janine. Su amiga tuvo un imprevisto y la pobre ahora está sola. Pensé en invitarla a nuestra mesa, así se divierte un poco.

La chica se presentó con una extraordinaria y afable sonrisa. Era maravillosa. Su negro cabello caía suavemente sobre sus hombros y su tez se teñía del color del chocolate, como sus ojos. Llevaba un vestido de encaje azul muy ajustado que le llegaba hasta la mitad del muslo y sandalias abiertas con un vertiginoso tacón del mismo color.

—Hola Janine —dijeron ambos jóvenes simultáneamente, aunque Giveon puso más énfasis al pronunciar el nombre.

Pasó una hora fructuosa, entre las risas y el alcohol. Los tres muchachos contaban a Janine varios episodios de su vida, omitiendo naturalmente que eran criaturas marinas. Después del tercer trago, Janine se acercó a Cris; Su lujuriosa mirada lo expresaba todo.

—Sabéis, sois realmente atractivos. No sé cómo vuestras chicas os dejan salir solos. Yo estaría muy celosa —dijo sonriendo mientras parecía desnudar a Cris con la mirada.

Cris estaba a punto de responder, pero como siempre, Mack se adelantó: —De hecho, ninguno de nosotros está comprometido. Somos tres solteros listos para satisfacer a cualquier mujer que quiera en este planeta —dijo en voz alta, sin ninguna vergüenza. Muchas chicas en la sala se giraron en su dirección con curiosidad y algunas respondieron con un guiño en los ojos.

Cris miró hacia el techo suspirando y por un momento le entraron ganas de reír. Mack había potenciado sus feromonas.

Ahora llegaba lo bueno, pues muchas de las chicas del club estaban con sus novios.

—Bueno, entonces eres todo mío —murmuró lánguidamente Janine, acercándose aún más a Cris. En el momento en que ella ponía la mano sobre su muslo, escondida bajo la mesa, un intenso aroma de salmuera efervescente e inquietante llenó todo el espacio, haciendo tiritar a Cris. Janine sonrió victoriosa al notar la abultada erección del muchacho. Si su tacto había provocado ese efecto, el resto sería fácil.

—Kirsten —anunciaron los labios de Cris con voz ronca. Janine no lo esperaba, frunció el ceño al instante preguntando quién era esta Kirsten.

Mack lo miró con curiosidad y se enderezó en la silla queriendo saberlo también. Cris recorrió todas direcciones con la mirada, obsesionado con aquel perfume, hasta que descubrió una larga melena de cabello rojo cerca de la barra. La vista desde allí era imprecisa y además, había llegado mucha gente.

“Por fin” pensó Kirsten muy irritada. Una hora para entrar y diez minutos ahora para tomar dos tragos. No le gustaba esperar y de hecho, nunca frecuentaba aquellos lugares abarrotados de gente, pero Dan había insistido. Le había dicho que necesitaba algo de entretenimiento para dejar de pensar que después de un año, aún no habían encontrado al hijo primogénito de Neptuno.

Inhaló y exhaló para calmarse. Era imposible no pensar en ello. Ella odiaba dar pasos en falso.

De repente, un denso aroma a lirio marino hizo hervir su sangre, sintió que la tierra le fallaba bajo los pies; su visión se nublaba y su cuerpo tembló por momentos. Se mordió el interior de la mejilla hasta lastimarse para recuperar la claridad. Cris estaba en ese maldito local. ¿Por qué se sentía tan atraída por él, que parecía enfermar por ello? Sacudió la cabeza débilmente, cerrando los párpados y luego volviendo a abrirlos. Tomó las dos copas de vodka y ron colocando sal marina en los vasos sin que la vieran y se fue a buscar a Dan, que había ido al baño.

Su mirada se detuvo en el rostro de Cris. Las mejillas de la chica se encendieron y los latidos de su pecho enloquecieron. ¡Por todos los dioses! era bellissimo. Más atractivo que Dan, y eso que él no era humano. ¿Que Cris tampoco lo fuera? Kirsten quedó algo desorientada por la idea, pero tenía que admitir que él podría ser el tritón.

Estaba con dos jóvenes, también de belleza desmedida. Sus hombros anchos y musculatura serían la envidia de todos los hombres de aquel pub. El pelirrojo parecía tener menos edad que Cris, que tenía veinticinco años; ella lo había descubierto por pura casualidad gracias a su colega Lucas. Aquel pelirrojo también le pareció muy descarado, mirándola casi babeando.

El otro joven, el rubio, la observaba; Sin embargo, de forma diferente, más atraído por la curiosidad. Finalmente su atención cayó sobre una muchacha alta con ojos de fuego. Kirsten se sintió amenazada y en respuesta, la fulminó con la mirada. No podía explicar bien por qué lo hacía. Se puso celosa sin ninguna razón. Cris no era su novio, pero ver a esa mujer tan aferrada como sanguijuela le hizo bullir la sangre.

—Aquí está la sirena que te embruja de día y de noche. Tengo que admitir que es una maravilla. Pero ¿cómo te las arreglaste para ...

Cris interrumpió inmediatamente a Giveon golpeando su pie y aclarando después su garganta.

—¿Cómo hizo qué? —preguntó Mack intrigado.

Cris no le prestó atención y siguió observando a Kirsten que se acercaba hacia ellos, esquivando a la gente y con un vaso en la mano.

—Bueno, ahora que la veo mejor no me parece gran cosa. Es demasiado delgada y luego, vamos, que su cabello largo hasta el trasero está pasado de moda —dijo Janine maliciosamente, casi tirándose a los brazos de Cris que trataba de mantenerla a raya. Tenía que estar acostumbrado y debería gustarle el comportamiento de aquellas chicas. Pero para él ahora solo existía Kirsten, y además Mack había esparcido muchas feromonas.

Cuando Kirsten llegó hasta la mesa con una sonrisa dibujada en los labios y saludó radiante, Cris tembló ligeramente. El único pensamiento lúcido que tuvo fue que estaba ante una diosa y que lucía aún más hermosa con aquel vestido sin mangas verde brillante, que hacía que su tez blanca destacara.

—Qué agradable sorpresa. No sabía que frecuentaras este lugar —dijo Kirsten a Cris, mientras colocaba un mechón de cabello detrás de su oreja.

Él tragó saliva, mostrándole una sonrisa idiota, mientras Giveon miraba al techo, sin poder creer

que su amigo estuviera en tan mal estado.

—Sí, el mundo es pequeño, como se suele decir. ¿Verdad Cris? — intervino Giveon, pero de Cris no obtuvo reacción, sólo un sonido gutural.

—Por fin te conocemos. Cris nos ha contado mucho sobre ti.

Los ojos de Cris se abrieron con asombro. ¿Qué demonios decía Giveon?

—¿En serio? —dijeron Mack y Kirsten sincronizados mirándose luego ambos, mientras que Giveon le daba un codazo sonriente a Mack para que le siguiera el juego, pero inevitablemente el tritón no lo entendió.

—¿Estás aquí con alguien? —preguntó estúpidamente Cris. ¿Pero qué tipo de pregunta idiota era? Seguramente que estaría con alguien, no se pasearía sola por los clubes. Antes de que Kirsten pudiera responder la pregunta, Janine se interpuso con un gesto pérfido: —¿Dónde compraste ese vestido en el mercadillo de las pulgas?

Kirsten apretó el vaso por impulso y sin pensarlo dos veces, se lo arrojó a la cara. Todos en la sala quedaron asombrados por la desmedida reacción de Kirsten. En cambio, Mack se echó a reír a carcajadas, mientras Cris intentaba calmar a Janine y convencerla de que no saltara sobre la que era la mujer de sus sueños.

—Sí, estoy aquí con un chico. Nos vemos en el trabajo mañana —respondió Kirsten alejándose rápidamente, furiosa. Si hubiera estado sola con esa perra, la habría enviado al otro mundo. En seguida interceptó a Dan, que la estaba buscando ansiosamente con su bebida en la mano y llegando a unos centímetros de su rostro, le dijo apresuradamente que no se sentía bien y que quería irse a casa. Dan no le creyó, notando el temblor de Kirsten y sus manos apretadas, pero la complació.

Antes de abandonar el club, Dan miró en dirección a la mesa donde una chica vociferaba maldiciendo; Sus ojos se encontraron con los de Cris, que lo escrutaban fijamente.

Aquellos ojos de tritón le parecían familiares y le hacían sentir un extraño sentimiento de aversión, incluso el simple hecho de que el individuo estuviera estrechando la mano de Kirsten. Un arrebato de celos y posesión oprimió sus entrañas, pero trató de mantener la calma en todos los sentidos para no levantarse y luchar con él, cual animal marcando el territorio.

Capítulo III

Al día siguiente, Cris se presentó en el trabajo taciturno y siguió bostezando de continuo. No había podido dormir por lo que había sucedido con Kirsten y Janine la noche anterior. Tenía imperiosamente que disculparse con Kirsten y agarrar la pelota al vuelo e invitarla al concierto que se celebraría en menos de tres días en el crucero Carnival Fantasy.

La prohibición de su padre había sido absoluta y no debía desafiarlo. Pero poder transgredir era más fuerte que él. Ella lo excitaba exageradamente y además, ¿qué mal había en cantar para una multitud que seguramente lo haría regodearse y alimentar su ego hasta el límite? Sonrió al pensar que seguramente su madre estaría allí para escucharlo y se sentiría orgullosa de él.

A Liala nunca le gustó el mundo marino, lo detestaba tanto como él detestaba a su padre por lo que le había hecho. Cris no se limitaba a cantar como sus semejantes, sino que lo hacía narrando historias de vida propia e inventada, como también hiciera ella mucho tiempo atrás.

Su madre fue la última Harpyia, pero en lugar de ser mitad mujer y mitad ave con patas de gallina como los otros miembros de su raza, era completamente humana, excepto por las grandes alas de color rubí. En el pasado, Neptuno se había visto obligado a exterminar todas las sirenas aladas para poner fin a los asesinatos de los marineros, pero a ella la había indultado. Se había enamorado locamente de Liala e incapaz de soportar que la mujer se alejara de él, había convertido sus piernas en una larga cola de pez y había terminado confinándola al fondo del mar.

—Espero que quieras trabajar hoy. Vamos, ve a cambiarte.

Cris se recuperó del estado de trance y dando un bote llevó su mano al pecho por la taquicardia que le había causado encontrarse de repente con la cara de su jefe. Se dirigió de inmediato a cambiarse. Ciertamente no estaba en sus planes que lo despidieran. El alquiler no se pagaba solo, y obviamente sus amigos no tenían trabajo ni interés en encontrarlo. Después del concierto regresarían a las profundidades y los vería tan sólo después concluir el castigo que estaba cumpliendo. No sabía si estar contento o no. Esperaba ansioso la hora de volver al mar, pero también quería quedarse en tierra por Kirsten. Suspiró pensando en ello y se preguntó por enésima vez si ella sentía los mismos sentimientos cuando lo veía.

Las horas pasaron rápido y llegaba la hora del segundo turno, el de Kirsten. Se sintió como un adolescente ante su primera calentura, ya no se reconocía a sí mismo. Los labios de Cris se extendieron en una sonrisa y el muchacho inhaló el intenso aroma de Kirsten tanto como pudo. Había llegado. Cada vez le causaba más temblores y tenía que concentrarse para no saltar sobre ella como un animal. Cuando se abrió la puerta de atrás, Cris volteó su mirada para encontrarse con la de ella, pero tan pronto como vio su rostro, su sonrisa se desvaneció convirtiéndose en una mueca de preocupación. Algo iba mal. Estaba más pálida de lo habitual y sus ojos denotaban haber estado llorando durante largas horas. Esperaba que la causa de su malestar no fuera Janine.

Poco después, observó los jeans en lugar de los pantalones cortos del uniforme y mientras caminaba con una sonrisa disimulada hacia el mostrador, la vio cojear. Un horrible pensamiento cruzó por su mente cuando recordó al chico que estaba con ella en el club, un tipo que no le gustaba en absoluto.

—Hola Cris, ¿estás bien? —preguntó Lucas colocándose detrás de su colega y posando una mano sobre su hombro.

—Sí, tranquilo, estoy bien.

Lucas levantó la ceja derecha con escepticismo mientras Cris, sin darse cuenta, apretaba los puños espasmódicamente.

—Está bien. Si tú lo dices. Me voy Nos vemos en el concierto del sábado —afirmo guiñándole un ojo y con el pulgar levantado, pero sólo recibió el murmullo gutural de Cris.

Después de un tiempo que a Cris le pareció interminable, llegó la hora de cierre y fue al fondo del local para seguir a Kirsten, quien sin decir nada se fue a tirar la basura. Agarró a tiempo la bolsa de la mano de ella levantándola para tirarla al contenedor: —Espera, te echaré una mano.

Kirsten le agradeció algo avergonzada, queriendo apartar la vista de inmediato de los músculos que se le marcaban bajo la camiseta. Observó su propia muñeca, en la que siempre llevaba una cinta blanca atada, que ocultaba la marca de Neptuno; Se dio cuenta de que la cinta se había corrido y podía verse el símbolo. Tenía que volver a casa de inmediato para arreglarlo.

—¿Estás bien? —preguntó él.

Ella arrugó la frente, incapaz de entender la pregunta: —Sí, estoy bien. ¿Por qué me preguntas? — quiso saber.

—Te vi más pálida de lo normal y noté que estabas cojeando, y ...

Kirsten abrió los ojos ligeramente y con el corazón palpitando a mil y lo detuvo de inmediato: — Estoy bien, no te preocupes. Tengo presión arterial baja y este calor no ayuda. De hecho, debido a un mareo, esta mañana me caí en la ducha y me torcí el tobillo. Pero ahora está mejor —expresó de un tirón, rezando para que el argumento sonara convincente.

Cris sin embargo no la creyó, evitando entrar en discusión por miedo a ponerla nerviosa. No la conocía, pero después de ver lo que había sucedido en el pub, se entendía que la chica tenía temperamento.

—Qué bien. Por suerte te está pasando. Um. —se aclaró la garganta pasándose los dedos por el pelo. Ese gesto casual hizo que las mejillas de Kirsten se pusieran casi amoratadas, deseando ser ella quien hurgara en su cabello fuerte y suave. Le hubiera gustado apretarlos, acariciarlos y olerlos hasta perder la razón.

—Quería disculparme. Bueno, por lo que pasó la otra noche. Lo siento mucho —dijo Cris girando para mirarla, mientras ella escondía el brazo detrás de la espalda, metiendo su mano en el bolsillo de atrás de los jeans, para no despertar sospechas.

—No te preocupes, está bien. Perdóname tú por la reacción excesiva que tuve con tu novia —expresó con un toque de dureza en la voz. Había hecho marcado esfuerzo por disculparse.

Es cierto, fue un poco excesiva, pero aquella chica había sido también muy desagradable al burlarse de ella por la ropa.

—No, ella no es mi novia. Ni siquiera la conozco. Fue mi amigo Mack quien la trajo a nuestra mesa.

Ella levantó una ceja y lo miró con escepticismo respondiendo: —Vaya, pues para no conocerte parecía muy íntima, pegajosa.

—Pues ya ves, no es lo que parece. Nos contaba que su novio la dejó por otra, que su mejor amiga le hizo un feo esa noche y eso me inspiró ternura. La consolé de forma espontánea. Digamos que está en mi naturaleza ayudar a otras personas.

Kirsten, incapaz de contenerse, se echó a reír: —Qué arrastrado que eres —indicó limpiando las comisuras de los ojos de lágrimas y respiró hondo—. Se está haciendo tarde. Me tengo que ir a casa. Adiós.

—No, espera. Te dije la verdad, créeme.

Pero cuando Cris la alcanzó tomando su brazo, ella se giró bastante molesta. Cris sudaba maldiciendo mentalmente. Se estaba equivocando en todo, maldita sea.

—Está bien, te creo. Pero ahora realmente me tengo que ir.

—Toma —dijo él sacando de su bolsillo la entrada para el concierto y entregándosela: —El sábado habrá un concierto benéfico para niños discapacitados y yo seré uno de los participantes. Me gustaría que vinieras a escucharme cantar.

Kirsten quedó sorprendida por la invitación, aunque también halagada. Tomó el folleto de las manos de Cris y por un instante sus dedos se rozaron, causando a ambos una ligera descarga eléctrica. Los dos se miraron, curiosos y al mismo tiempo asombrados por la reacción. ¿Era una criatura marina? se preguntaron ambos.

—Gracias. Lo pensaré —expresó Kirsten sonriendo y se encaminó hacia su casa.

Capítulo IV

Durante el camino, Kirsten seguía pensando en el joven con una extraña mezcla de tristeza y alegría. ¿Qué podía hacer para dominar lo que sentía? Nunca le había sucedido y le resultaba difícil abstenerse del incontenible deseo de saltarle encima cual ninfómana. En lugar de pensar en la venganza, pensaba en él. Se rió interiormente reconociendo su actitud sin razonamiento.

El ligero calambre eléctrico que había sentido al tocar la mano de Cris la estaba volviendo loca. Daba vueltas entre sus dedos a la entrada del concierto.

Un concierto. Actuaría junto a otros famosos cantantes. Él que era simplemente un humano. Tal vez estaba sobre la pista correcta. Si Cris fuera el primogénito de Neptuno, sería una carambola. La única forma de saberlo era ir y escucharlo. Los tritones tenían una voz inconfundible cuando cantaban. Sin darse cuenta, apretó el collar mientras una lágrima se deslizaba en silencio, mojando su mejilla.

Cuando llegó a la puerta principal se detuvo asustada, pues se encontraba abierta de par en par.

Entró sin dudar llamando a Dan varias veces. Subió las escaleras hasta el dormitorio y cuando lo vio en el suelo, entre la entrada y la puerta del baño, abrió los ojos sorprendida.

—Dan —gritó alterada. El chico había perdido el conocimiento. Kirsten se arrodilló junto a él y siguió llamándolo, observado que las piernas de su amigo estaban llenas de moretones.

—Dan, ¡por favor despierta! —exclamó. Se secó las lágrimas, respiró hondo y salió de inmediato a buscar la crema de algas y llenó la bañera, volcando toda la sal marina que había en el frasco. Quitó la camisa a Dan y con extremo esfuerzo lo puso boca abajo, encontrando que su espalda también estaba llena de moretones. Sin perder tiempo comenzó a esparcirle la crema por todo el cuerpo. Si seguía fallando, morirían. El alma del marinero aprisionada en el collar se estaba agotando y no podrían tomar otra. Y la pomada había terminado.

Kirsten agarró a Dan por debajo de las axilas y con enorme esfuerzo consiguió levantarlo unos centímetros. Era muy pesado, pero tenía que sumergirlo en la bañera a toda costa, y así lo hizo. Angustiada, con el rostro cubierto de sudor y faltándole el aliento como tras escalar una montaña, miró a su amigo que completamente sumergido en el agua, comenzaba a respirar regularmente.

Habían pasado dos horas, pero Kirsten aún no lograba calmarse. Mirando la cara serena de su amigo mientras dormía profundamente en la cama, la muchacha se atormentaba. ¿Estaba haciendo esto de verdad? Pues lo ponía en grave peligro.

Él también quería vengarse por toda su familia, envenenada por un barco petrolero que se había incendiado vertiendo toda su carga. Dan se salvó porque estaba en la casa de Kirsten el día de la fatal desgracia. Ninguna criatura marina osaba acercarse ni remotamente a ese hogar, rodeado de árboles submarinos y arbustos de pulpo, mitad animales y mitad plantas. Estaba ubicado en el cráter más profundo del abismo. Para llegar allí había que atravesar una zona particularmente peligrosa; un vasto perímetro rodeado de múltiples remolinos giratorios de agua hirviendo. Para defender mejor su hogar, su madre, Úrsula, gracias a la magia del collar, había creado losas afiladas de roca que salían del suelo de forma intermitente cada cinco segundos.

Kirsten no conseguía sacarse la tensión. Aquella noche parecía ser silenciosa, pero su corazón era como un mar tormentoso que chocaba impetuosamente contra las rocas. Había salido a caminar porque no podía dormir y sentada en la arena, a pocos metros de la playa y con las piernas dobladas contra el pecho, sentía la melancolía del mar. No había nadie, ningún sonido ni charla de

personas petulantes. Estaba completamente sola, como siempre lo había estado, a excepción de Dan. Solo de pensarlo sintió una puntada en el estómago. Apretó sus piernas contra el pecho cerrando aún más la mandíbula. Otro maldito día más y luego sabría si Cris era realmente el hijo del Dios de los mares. Si fuera él, después del concierto le habría robado el alma de Tritón gracias al poder de su caparazón, para luego chantajear a Neptuno para que le entregara el tridente y convertirse en la reina de los abismos para sumergir toda la ciudad. La misma donde habían matado sin piedad a su madre.

Cris continuaba a dar vueltas en la cama, agitado e incapaz de dormir, sin dejar de pensar en el concierto y especialmente en Kirsten. ¿Ella iría a escucharlo? Tenía que dar lo mejor de sí, transmitirle sólo con su canto todo lo que sentía por ella. Porque ella era su sentir constante. Sus amigos estarían quién sabe dónde, revolcándose con alguna chica y lo más probable es que hubieran vuelto a casa después del amanecer.

“Ya está bien”, declaró a sí mismo mirando al techo antes de empezar a vestirse. Se habría vuelto loco de quedarse en la cama un minuto más. Decidió ir al único lugar donde podría encontrar algo de paz.

No estaba ni a medio camino cuando el intenso aroma de Kirsten lo arrolló como un tsunami, teniendo que detenerse de inmediato para no resbalar. Tras quitarse el casco, miró hacia todos lados y tan pronto como la vio, su corazón dio un vuelco.

¿Qué demonios estaba haciendo cerca de la playa a altas horas de la noche? No perdió el tiempo en hacerse más preguntas, aparcó la motocicleta y fue hacia ella. A unos pocos metros redujo su ritmo, sin saber si continuar o dejarla sola. Ya desde esa distancia podía escuchar leves sollozos de lágrimas.

Kirsten trató de calmarse respirando profundamente, pero no ayudó mucho y mientras, inhalaba el aroma de lirio. Tembló y al tiempo los latidos de su corazón se aceleraron.

Reconociendo aquel aroma afrodisíaco, rápidamente se secó los ojos. No quería en absoluto que se preocupara por ella, pero, sobre todo, que un hombre la viera llorar.

—Veo que no soy el único que no puede dormir —trató de bromear Cris acercándose con cautela y esbozando una sonrisa.

Al escuchar su voz, la joven cerró los párpados suspirando. ¿Qué extraña magia era? ¿Cómo conseguía hacerla vibrar así? Abrió los ojos y giró encontrándose con la mirada de Cris; sus mejillas enrojecieron.

—Sí. No puedo dormir —afirmó, volviendo rápidamente la cara para mirar las olas de nuevo. Cris entrecerró los ojos algo preocupado y se acercó aún más, casi tocando su brazo con la pierna.

—¿Por qué estabas llorando? —preguntó en un tono de voz tan dulce y lleno de aprensión que Kirsten hizo una mueca; apretó las uñas en las palmas de sus manos para no estallar en lágrimas.

—Debes haberte equivocado, porque yo no lloro jamás —respondió ella tratando de parecer confiada, aunque con poco resultado. En parte había dicho la verdad. Cuando estaba en el fondo del mar no podía llorar, porque las lágrimas no salían de sus ojos.

Cris apretó los puños, incapaz de verla sufrir. Ella pretendía aparentar ser fuerte, pero en realidad era tan frágil que él sintió un imparable deseo de sostenerla en sus brazos y consolarla. Quería hacerla reír, ver al fin una sonrisa en sus labios. Había tanta tristeza en la mirada de Kirsten que le mostraba a Cris cuánto quería huir, de todo y de todos, cuán evidente era su deseo de olvidar quién era. Él también se había sentido así en algunos momentos. Sólo intentaba que se relajara, pero no podía hacer que olvidara el pasado: —Te diré algo que mi madre me dijo antes de que me asomara al mundo:

“La vida no es fácil. Encontrarás muchos obstáculos, pero siempre recuerda que nada es imposible”.

Kirsten esbozó una media sonrisa, levantando un poco la cara para mirar a Cris que observaba las olas con aire melancólico.

—Una mujer sabia, tu madre. Me gustaría conocerla —La última frase se le escapó sin pensar. Se mordió el interior de la mejilla esperando no haber sido demasiado descarada, y contuvo el aliento cuando vio a Cris que ensombrecía. Se preguntaba si él también había perdido a su madre. En cambio, el joven se mostró feliz de que hubiera tocado el tema.

—Mañana después del concierto si quieres te la presento. A primera vista puede parecer fría, pero créeme, si te toma cariño no te dejará ir más —bromeó logrando devolverle una tímida sonrisa; repitió por millonésima vez lo hermosa que era. Antes de que ella pudiera responderle, Cris se quitó la chaqueta de cuero y se la colocó suavemente sobre los hombros, notando que ella estaba temblando de frío. En el momento, los rostros de los jóvenes se rozaron. Ambos temblaron y durante un tiempo que les pareció infinito permanecieron en silencio mirándose a los ojos, hechizados. Cris estaba a punto de enloquecer por el deseo de acercarla a él y saborear sus delgados y rosados labios. Se preguntó cómo sería hacerle el amor y si lograría controlar su fuerza.

Kirsten rompió el silencio agradeciéndole, rompiendo también la magia que se había creado, poniéndole distancia.

—¿Gracias? ¿De qué? Sólo me complace que quieras conocerla —expresó Cris pasándose los dedos por el cabello, un acto reflejo cuando estaba avergonzado—. Iba a un lugar mágico. ¿Te gustaría verlo conmigo?

Kirsten no esperaba una propuesta tan directa y la hizo sentir incómoda. No quería decirle que no, pero tampoco quería quedar como chica fácil. Al ver que ella no respondía, él pensó haber hecho el estúpido por apresurarse.

—Lo siento si he sido demasiado descarado. No me ofenderé si dices que no y puedo entenderte. No me conoces.

Kirsten sacudió la cabeza ligeramente: —No te disculpes, ¿por qué no? Quiero ver tu lugar mágico.

Kirsten se apretó más contra Cris cuando éste aceleró. La sensación de su cuerpo contra la del muchacho la encendió. El aroma del lirio marino era tan intenso y poderoso que diez minutos más y se habría vuelto loca. El corazón de Cris se aceleró y su alma se estremeció cuando la sintió tan cerca. Aceleró la motocicleta para llegar rápidamente, antes de perder la razón.

Tras veinte minutos llegaron al promontorio más alto de la ciudad de Namnha. Apagó el motor y descendió del vehículo, ayudando a Kirsten a bajar después.

—Aquí está mi lugar mágico —dijo extendiendo los brazos y levantando la cara hacia el cielo con una sonrisa radiante. Ella hizo lo mismo, permaneciendo hechizada por todas las estrellas que se podían ver desde allí.

—Mágico, ¿no es así?

—Más que mágico —susurró ella, sin dejar de mirar las estrellas con gesto soñador. Nunca las había visto tan cerca y sin darse cuenta, levantó el brazo con la mano abierta y casi pareció tocarlas. Cris la miró en éxtasis, parecía una diosa iluminada por los rayos de la luna y las estrellas.

—Ahora, la parte más divertida —exclamó sonriendo;

Kirsten lo miró confundida.

—Ven.

La sorprendió tomando su mano y llevándola a la punta del promontorio. Sonrió cerrando los ojos, pero sosteniendo aún su mano con fuerza; Inhaló todo el aire que pudo y gritó a todo volumen, haciendo que Kirsten se asustara. El alarido hizo eco en todas partes y luego Cris abrió los párpados observando su reacción. Su rostro desconcertado y asombrado al mismo tiempo le hizo reír a carcajadas.

—Ahora es tu turno, vamos.

—¿Qué? No, no, no.

—Vamos, prometo no reírme.

La joven tragó saliva, tomó aire y emitió un leve sonido. Cris se rió a carcajadas, con lágrimas en los ojos, ligeramente inclinado con las manos presionadas contra su vientre. Ella lo miró molesta y él se disculpó inmediatamente tratando de mantenerse serio.

—Está bien. No estuvo mal pero ... No, estuvo pésimo. Bien, ahora cierra los ojos.

Tan pronto como Kirsten los cerró, Cris se acercó y le rodeó la delgada cintura con el brazo.

—Mantenlos cerrados —murmuró mientras el calor de su respiración tan cerca encendía su rostro.

—Toma mucho aire y en ese instante piensa en todas las cosas hermosas que la vida te ha quitado. Recoge todo el dolor que tienes en el corazón y cuando estés lista, grítalo tan fuerte como puedas al cielo. Kirsten hizo todo lo que Cris le había pedido que hiciera. Recordó todos los habitantes marinos que la alejaron mirándola con desprecio. En su primer amor, por un ser humano no correspondido. Al asesinato de su madre. Finalmente abrió la boca, lanzando un grito muy fuerte, hasta sentir dolor en las cuerdas vocales. Se notó vaciada, sus pensamientos nulos, disueltos como si todo el veneno que retenía lo hubiera expulsado. Cris aplaudió.

—¡Woow! ¡Eso sí que fue un grito con rizo!

Ella se echó a reír de pura alegría, saboreando aquella emoción por primera vez y volvió a gritar, una y otra vez, hasta que perdió casi por completo la voz, junto con aquel misterioso muchacho por el que había perdido por completo la razón. La hacía sentir segura y viva.

—Finalmente te veo sonreír. Y no hablo de una sonrisa fingida, sino de una auténtica. Ya no podía soportar verte triste.

Kirsten contuvo el aliento ante aquella confesión y su corazón pareció desbocarse. No sabía qué contestar, la pilló por sorpresa y no era muy hábil en el manejo de esas situaciones. En pocos momentos, había logrado sorprenderla más de una vez.

Cris se acercó a ella mirándola fijamente a sus azules ojos y con el pulgar recogió delicadamente una solitaria lágrima.

—Me hechizaste por completo. Estoy enamorado de ti, Kirsten. Enamorado de tus ojos, de tu voz, de tu misterioso ser. Para mí eres una nueva emoción, ninguna mujer ha sido capaz de excitarme como tú lo haces. No puedo evitar amarte porque si lo hiciera dejaría de respirar.

Tomó su cara y la besó con extrema pasión, como poseído por una sed urgente. Kirsten se rindió al cuerpo de Cris a través de aquel beso hambriento, era como si él hubiera estado esperándolo desde siempre, casi querer saciarse con su cuerpo y abastecerse por toda la eternidad.

Sólo un trueno en la distancia lo hizo alejarse un poco de los labios de ella, que tomó aliento. Ella lo miró profundamente con ojos brillantes.

—Te quiero Cris. Quiero ser tuya y de nadie más —confesó con voz ronca de deseo.

Él sonrió, tomándola en sus brazos y llenándola de ávidos besos.

Los dedos de Kirsten recorrieron su pecho lentamente, haciéndolo estremecer y aumentando aún más su excitación.

Sentir cómo sus uñas la arañaban lo estaba llevando casi a la locura. Quería tomar su cuerpo de todas las formas posibles e imaginables.

Kirsten había comenzado a acariciar el miembro de Cris, que mostró su agradecimiento agrandándose; la punta estaba completamente expuesta. Deslizándose suavemente, Kirsten pasó la lengua por su pene, ahora entregada completamente a estímulos hormonales.

—Kirsten —gimió Cris, a punto de explotar su virilidad. Imposible resistir, especialmente a sus caricias, pero no quería correrse de esa manera.

—No así —susurró ronco, alejando suavemente a la chica.

Él bloqueó sus manos, descendiendo sobre sus senos con la lengua, enloqueciéndola, girando, saboreando sus perlas rosadas y prominentes. La piel de Kirsten sabía a sal marina, el aroma que lo volvió loco durante semanas. Al fin la saboreaba, probando centímetro a centímetro como si de un delicioso plato se tratara.

Kirsten gritó agarrándose con fuerza al cabello de Cris y arqueando la espalda cuando él se sumergió por completo en su feminidad, haciéndola jadear cuando con un golpe seco la penetró más profundo.

—Dios, estás tan apretada, Kirsten —jadeó mientras empujaba, penetrando en ella una y otra vez sin control y escuchándola gemir casi en el clímax. Sus gemidos se mezclaron con el sonido de la lluvia cayendo incesantemente sobre sus cuerpos desnudos, aferrados como si un imán los atrajera.

Él apretó sus nalgas acercándola hacia él y la sensación fue tan demoledora que su visión se nubló ligeramente. Con el enésimo empuje, el placer de Kirsten fue en aumento y un estremecimiento casi violento la abrumó haciéndola gritar de puro placer. Luego Cris la siguió con un fuerte lamento llenándola con su semen.

Se miraron uno al otro sin aliento, mientras el amanecer surgía sobre la oscuridad, deteniendo la lluvia. Cris todavía estaba encima de ella, incapaz de separarse y cuanto más la miraba, más la deseaba. Era suya.

—Mia —expresó con voz ronca y posesiva, apartándole un mechón de cabello de la frente. Kirsten Sonrió.

—Tuya —respondió felizmente.

Hacer el amor con Cris fue como tirarse de un acantilado hacia un mar tormentoso, para salir a la superficie, ya sin aliento, con frenéticos latidos buscando oxígeno; adrenalina en el cuerpo y el deseo imparable de volver a hacerlo de por vida.

Capítulo V

—¿Se lo dices tú? —preguntó Mack caminando nervioso de un lado a otro de la habitación, con sus dedos entrelazados detrás del cuello.

—Está bien, pero deja de caminar y siéntate. Me pones los nervios de punta —masculló Giveon mientras miraba por la ventana. Cuando regresaron a casa para contar lo que habían sabido de Neptuno a Cris, no lo encontraron y, además, él no había llevado su teléfono. Giveon se frotó las sienes y poco después se volvió irritado diciéndole a Mack que se estuviera quieto.

—Disculpa, eh. Sí, estoy un poco nervioso. Ya sabes cómo es, ¡no todos los días viene uno a saber que la hija de la famosa bruja marina ha decidido vengar a su madre y usar a Cris y a todos los habitantes de esta ciudad! ¡Lo siento eh!

Giveon apretó la mandíbula maldiciendo mentalmente. Mack tenía razón, pero no tenía sentido anticiparse.

—No renunciará al concierto —comentó Mack con preocupación. Antes de que el amigo pudiera responder, el intenso perfume de Cris envuelto en feromonas a un nivel nunca antes alcanzado los inmovilizó y quedaron mirándose.

—¿Es lo que yo pienso? — preguntó Mack a punto de entrar en pánico.

—Encontró a su alma gemela. Estamos jodidos si es la chica que estaba en el pub la otra noche — aseguró Giveon, sudando frío.

—Bueno, solo esperemos que sea una sirena. No puede ser tan desafortunado como para enamorarse de la hija de Úrsula ... ¿no?

Giveon dudó, pero luego murmuró moviendo sus manos: —Esperemos que ella no sea la hija de Úrsula, ni humana.

Los dos tritones contuvieron el aliento tan pronto como se abrió la puerta principal y Cris entró canturreando con expresión radiante.

—Ah, habéis vuelto. No os esperaba tan pronto —afirmó sonriente mientras comenzaba a desvestirse—. Buen día, eh. Voy corriendo a ducharme —continuó subiendo las escaleras cantando, y sus feromonas aumentando aún más. Mack se acercó a Giveon: —Está realmente ido. ¿Qué hacemos? —susurró tratando de que no escuchara Cris. Giveon suspiró frotándose la barbilla.

—Debe saber lo que está sucediendo y voluntaria o involuntariamente debe regresar con nosotros a las profundidades. Nuestro padre no puede protegerlo si permanece en tierra firme.

Cuando Cris bajó a la sala de estar y vio a sus amigos sentados en la mesa con gesto preocupado su sonrisa se desvaneció.

—Chicos, ¿está todo bien? ¿Me perdí algo? ¿Por qué esas caras? Tan pronto como Giveon colocó su mano sobre la pierna derecha de Mack para mantenerla quieta, su amigo se puso de pie como si le hubieran sacudido, comenzando a contar de un tirón lo que había sucedido.

Cris permaneció de pie escuchando descolocado a Mack. Giveon miró hacia el techo con actitud exasperada.

—Buen trabajo, Mack. Por suerte era yo quien iba a contarle todo. Tal vez lo hubiera dicho con mucho más tacto —lo reprendió dándole un codazo que lo hizo doblar y al mismo tiempo contener la respiración. Cris por su parte estaba conmocionado, no quería creerlo. Su Kirsten no podría ser la hija de Úrsula.

—Mirad, si es una broma, es de mal gusto. Estáis de guasa, ¿verdad?

Los dos muchachos confirmaron que por desgracia no era broma. El corazón de Cris se detuvo por un segundo, luego comenzó a caminar inquieto por la habitación, repitiendo en voz alta que no era cierto. Giveon trató de calmarlo colocando una mano sobre su hombro, pero obtuvo el efecto contrario.

—No me toques. Es mentira. Yo no me lo creo. Todo es una puesta en escena de nuestro padre para evitar que cante frente a los humanos y vosotros lo creíste —gritó con ira.

Si Neptuno remotamente llegó a pensar que renunciaría a Kirsten y al concierto, estaba muy equivocado. No lo habría encerrado también a él en las profundidades como hiciera con su madre.

—Vamos Cris, piénsalo bien. Ella llegó de repente a esta ciudad y además trabaja donde tú trabajas. Ella es hermosa, casi como una criatura del mar, y en el pub todos, y me refiero a todos los hombres que había allí, la miraban babeando como si nunca hubieran visto a una mujer en su vida. Te diré la verdad, incluso Giveon y yo estábamos fascinados por ella, especialmente por su perfume, y queríamos tirárnosla delante de todos.

Ante la última afirmación, Giveon abrió los ojos, asombrado de ver cómo Mack podía ser tan torpe en situaciones delicadas mientras Cris estaba cegado por la ira.

Giveon saltó hacia un lado, justo a tiempo de que Cris no le alcanzara a él también. Se puso de pie junto a la puerta principal con los brazos cruzados, disfrutando el espectáculo. Antes de intervenir, quería ver a Mack con algunos moretones, para poder recordarlo en el futuro. Sin embargo, después de pocos minutos, Mack sintió pena por él porque, como siempre, Cris era más fuerte.

Fue a la cocina, abrió el grifo y tan pronto como salió el agua, los ojos de Giveon se volvieron de oro fundido, mientras la piel comenzaba a tornarse completamente escamosa. Regresó a la sala de estar con la masa de agua flotando frente a él e inmediatamente inundó a ambos luchadores. En el momento en que el agua llegó a pocos centímetros de ellos, se dividió en dos, separándolos brutalmente.

—Gracias —agradeció Mack, casi exhausto, pero captando la mirada sombría de Giveon.

—Escucha Cris, quiero creerte. ¿Estás cien por cien seguro de que no es ella? Seguramente habrás visto si tenía la marca o no.

Cris se levantó del suelo secándose el labio manchado de sangre y recordando lo pasado unas horas antes. La había visto desnuda, desvestida centímetro a centímetro y no había visto marca alguna.

—No es ella —dijo enojado apretando los dientes y antes de irse les advirtió que no renunciaría ni a la chica ni a cantar.

Eran poco más de las nueve y el concierto en el barco recién comenzaba. Agitado, Cris caminaba en círculos en el camarino; faltaba muy poco para su actuación y ni sombra de Kirsten. La estuvo buscando todo el día; había ido a su casa y estaba deshabitada, como si nunca hubiera vivido nadie allí. Le había dejado más de treinta mensajes en el contestador automático, había subido hasta el mirador, estuvo en el trabajo, pero ella parecía haberse esfumado en el aire. Cris se estaba volviendo loco. Notaba dentro de sí que lo que le estaba sucediendo no acabaría bien. ¿Por qué había desaparecido sin decir nada? Pensó en aquella mañana, en la cara radiante de Kirsten como nunca la había visto, en sus ojos, implorándole estar con él.

—¿Se puede?

Cris se sobresaltó girándose de inmediato hacia la puerta. Su madre estaba allí delante, frente a él, sonriendo. Era hermosa, asombrosamente fascinante, cortaba el aliento. Llevaba un vestido de

sirena azul medianoche, sin mangas y con un escote corazón. El cuello adornado con un collar de perlas blancas combinado con aretes. También tenía perlas entre su cabello caramelo, medio recogido a los lados, mientras que el resto caía ondulado sobre su espalda. Cris no consiguió hablar, tal era la emoción de volver a verla; la recogió entre sus brazos. Él entrecerró los ojos, apretándola un poco con fuerza, como si temiera que pudiera desaparecer en cualquier momento como le había sucedido con Kirsten.

—Tu padre se enojó tan pronto escuchó de Mack y Giveon que no ibas a volver al mar —reveló su madre a Cris riéndose, alejándose del abrazo para observarlo con ojos brillantes.

—Obstinado e indiferente al peligro —agregó.

Cris le dirigió una sonrisa tranquilizante.

—Quién sabe a quién salí. Me río ante el peligro —bromeó con ello, pero inmediatamente se puso serio—: Tranquila, no tienes de que preocuparte. Soy tu hijo y del dios de los mares. Tengo poderes superiores sobre otros de nuestra propia especie.

Liala suspiró resignada. Ni siquiera ella podría hacerlo cambiar de opinión.

—El amor y el miedo te vuelven ciego Cris. A veces no facilitan las cosas, lo que encuentran lo anulan y por muy poco se desesperan. No quiero verte sufrir.

Cris trató de reprimir el impulso de gritar toda la frustración que tenía.

—Puedes estar tranquila, porque Kirsten no es la hija de Úrsula —dijo el joven en un tono de voz no muy convincente, pero su madre no objetó.

—Está bien. Pues entonces, ¿qué puedo decirte? Sube al escenario y canta para ella.

A Cris le faltó el aire y su corazón comenzó a latirle furiosamente en el pecho.

—¿Está ella aquí? ¿La has visto?

Su madre sonrió y asintió.

—Ahora ve y hazme sentir orgullosa —dijo apretándole fuertemente en sus brazos y luego murmuró en su oído: —Canta con el corazón.

—Siempre —respondió Cris sonriendo, le dio un tierno beso en la mejilla y salió corriendo del camerino.

Cris siguió el olor inconfundible de Kirsten que lo estaba volviendo loco. Cada vez que su aroma lo alcanzaba, lo excitaba y hacía imposible mantener el control, o casi. La fragancia aumentó repentinamente, ella estaba cerca. Al fin podría volver a verla.

Cris comenzó a mirar por todas partes, entre una multitud extasiada con el cantante que terminaba de actuar.

Tan pronto como la vio, se detuvo en el acto, fascinado. Kirsten llevaba un vestido sin mangas rojo fuego con un escote corazón adornado con pequeños cristales de Swarovski. Su espalda estaba desnuda, la falda llegaba hasta el suelo con una hendidura lateral. En sus pies llevaba sandalias plateadas con tacón de aguja.

—Por todos los dioses —murmuró Cris aturdido, tragando de inmediato. Cada vez que la miraba, ardía y luego se derretía como la nieve al sol. Enseguida, Kirsten se volvió en su dirección ruborizada por el intenso aroma de lirio y lo vio. Sus ojos se nublaron y lo llamó con el corazón palpitando, al observar que iba hacia ella evitando a la gente. Él no la dejó hablar, tomó su cara y la besó como si quisiera devorarla. Kirsten se rindió por completo y casi se sintió mareada. Era imposible separarse de sus labios, pero tenía que respirar.

—Cris —murmuró, alejándose con dificultad y recuperando el aliento.

—Te busqué por todas partes. Estaba desesperado, pensé que te ibas a ir para siempre. ¿Dónde has estado?

—Yo —vaciló tratando de contener las lágrimas. Era injusto, ¿por qué, por qué? Quería huir,

gritar con él en el mirador, como la noche anterior. Saborear una vez más el sentimiento de libertad absoluta. La había absorbido hacia otro mundo. Cada vez que Cris la tocaba ella ardía como el fuego.

Apretó su camisa con tanta fuerza que sus nudillos palidieron.

—¿Algo va mal? —preguntó preocupado, acariciando su mejilla.

La joven contuvo el aliento apretando más la camisa y lo besó intensamente. Más tarde se separó jadeando y sonrió: —Te amo.

Cris tembló ligeramente ante las palabras de Kirsten, sonrió radiante sin darse cuenta de que por un segundo el color de sus ojos había cambiado, del aguamarina al oro fundido. A Kirsten le falló el suelo bajo sus pies. Tenía la confirmación de que era el primogénito de Neptuno.

La saludó con otro beso y luego fue al escenario. Se sentía más vivo que nunca. Echaría chispas esa noche, cantando para ella, solo para ella.

Capítulo VI

(Las siguientes palabras no se traducirán, es una canción en inglés)

Cuando dije, te amo, me hiciste volar, me encendiste, me hiciste volar (me encendieron), me hiciste volar (me encendieron), me hiciste volar, me encendieron [me hiciste volar - desnudo Jr.]

Cuando Cris comenzó a cantar, Kirsten y todos los presentes vivieron una intensa oleada de adrenalina, volviéndose casi adictos, como si una poderosa droga hubiera comenzado a fluir por sus venas. La gente comenzó a saltar cantando desgañitados, mezclando sus brazos con los demás, amplificando sus cuerdas vocales. Kirsten se sintió viva otra vez, el sentimiento de pura alegría la arrastró como un caudaloso río.

La piel de Cris estaba iluminada por una tenue luz y se podían ver escamas muy pequeñas en su piel, pero el público, incluidos los músicos, no lo notaron arrastrados por el ritmo y el frenesí. Él sonrió eufórico levantando los brazos hacia el cielo, bailando, aumentando las vocalizaciones y sin saberlo, incluso las feromonas. Cuando escuchó el trueno en la distancia y el barco se balanceó en el agitado mar, él divirtiéndose aumentó el ritmo.

Kirsten no pudo contener las lágrimas que comenzaron a fluir sin contención quemándole las mejillas. La voz de Cris era tan poderosa y mágica que se insinuaba como un veneno afrodisíaco dentro de ella, haciéndola vibrar cada parte del cuerpo. Una descarga eléctrica la atravesó de lado a lado, amplificando el sonido de la música. Por momentos perdió el aliento, su ritmo cardíaco era rápido. Cris sobre aquel escenario estaba hermoso, tan hermoso como para encantar a todos, como un dios de los mares.

—El heredero de Neptuno —escuchó Kirsten sobresaltada cuando sintió su cadera asida por un brazo.

—Dan. ¿Cómo ... cómo sabías que estaba aquí? —preguntó sorprendida y con voz temblorosa. Dan sonrió haciendo que la espalda de Kirsten tocara su pecho y le susurró al oído: —Quiero mi venganza, pequeña. Al igual que tú, ¿o me equivoco? —Presionó su rostro sobre el cabello recogido de Kirsten, inhalando su perfume mezclado con el del Tritón y lo apretó con más fuerza haciendo que los ojos y su boca se cerraran de dolor.

—Sabes de él, mi niña ingenua. Nunca podrá amar a una bruja, Kirsten. Odian a nuestra especie. La marca que tenemos lo demuestra —declaró enojado y un gorgoteo salió de su garganta. Tomó su muñeca rasgando la banda que ocultaba la marca de los marginados y la puso frente a sus ojos cargados de lágrimas.

—Dan, por favor no lo hagas. Tengo otro plan en mente, pero por favor, deja a Cris en paz —declaró temblando.

Él se rió con maldad como respuesta, sus ojos se volvieron de oro fundido, su mano fue hacia el collar de Kirsten, quien comenzó a moverse. Cris volvió su mirada hacia Kirsten y al verla cerca del chico del pub comenzó a bajar el volumen de su voz.

—Sabes lo que sucederá tan pronto como te lo quite, ¿no? Volverás a ser un pez, no más piernas, y todos verán cómo eres realmente. Te mereces el mismo final que tu madre por traicionarme —susurró arrancándole el collar del caparazón.

—No —gritó Kirsten con todas sus fuerzas.

Cris dejó de cantar cuando escuchó el grito y observó los ojos del joven. Era una criatura del mar, una morena. Tembló gritando el nombre de su amada, corriendo hacia ella con el corazón agitado. Kirsten cayó sin aliento al suelo con la boca y los ojos abiertos, incapaz de gritar por el fuerte dolor en sus piernas que se transformaban en largos y viscosos tentáculos. La gente comenzó a gritar de terror, algunos corrían por el barco, otros tuvieron el valor de grabar o tomar alguna foto y luego escabullirse. Cris usó su poder de dominio del viento para alejar a la miríada de personas que la rodeaban acusándola de ser un monstruo, logrando llegar a ella. Se arrodilló frente a Kirsten y continuó llamándola. La cara de la bruja era de terror, Kirsten no lograba calmarse. Siguió rogando que no la matara. Cris, mientras trataba de calmarla, vio la marca en su muñeca y se estremeció apretando la mandíbula. ¿Cómo demonios no había caído en que ella era una criatura del mar? Tragó saliva reprimiendo un grito de frustración. Su padre y todas las criaturas marinas no permitirían nunca su unión.

—Perdóname Cris —dijo ella. Su voz en un susurro y su respiración parecía menguar.

—Sssh, todo saldrá bien. Ahórrate las palabras.

Ella esbozó una sonrisa forzada, pues sabía perfectamente que nada se resolvería.

Antes de que Cris pudiera tomarla en brazos para llevársela, fue brutalmente arrojado al otro lado del barco por una ola cargada de electricidad creada por Dan.

—¡Ah, ah, ah! ni lo intentes, ahora está acabada, como lo estarán todos dentro de poco —rio entre dientes la morena, mostrando el collar del caparazón en su mano.

Mack y Giveon corrieron inmediatamente al rescate de Cris, mientras que su madre, sin ser vista por Dan se lanzó al mar.

—No la cagues. Sabes que si te vuelves contra mí será tu muerte —advirtió Cris desafiante.

—Oh, qué miedo. ¿Me equivoco o tu querido papá te quitó tus poderes? A estas alturas deberías haber mutado.

Cris apretó los puños y antes de que pudiera arremeter contra él, sus amigos, ya mutados en la segunda etapa, lo hicieron. Dan los esquivó fácilmente y gracias a la magia del caparazón los hizo volar de la nave. Se echó a reír viendo la cara incrédula de Cris mientras observaba a los dos tritones en el mar transformarse en pequeños peces.

—Devuélvelos a la normalidad de inmediato —ordenó, cegado por la ira, arrojándose sobre la morena, pero al llegar a pocos centímetros del cuerpo de Dan, se detuvo, bloqueado, incapaz de respirar, y un agudo dolor en las piernas lo hizo caer al suelo.

—Tu alma de tritón es mía —dijo Dan, observando el caparazón que se había iluminado dentro.

—Ahora tengo mucha curiosidad por saber lo que se siente al ser un humano de una sola pieza. Dan cambió a la segunda etapa. Siseó, pasándose la lengua por los labios y comenzaron a salir de su boca dientes largos y afilados. Cris trató de alejarse lo más posible de Dan arrastrándose con extremo esfuerzo, pero él se acercó pateándolo, haciéndolo volar por el aire para aterrizar boca abajo en el suelo. Lo agarró por la camisa y acercó la cara de Cris a sus labios: —Patético. Débil. No eres digno de ser el heredero de los mares —susurró con frialdad.

—¡Cris! —gritó Kirsten con ojos llorosos y en pánico total.

Dan se rio maliciosamente: —No te preocupes cariño, no voy a matarlo —Se rio aún más fuerte. Luego, mirando despectivamente a Cris, lo golpeó haciéndole voltear la cabeza.

—Solo quiero divertirme —reveló finalmente cuando Cris escupió sangre. Kirsten gritaba aterrorizada por lo que estaba viendo, preguntándose por qué Neptuno aún no había intervenido para salvar a su hijo.

—Dan, te lo pido por favor, para.

Pero la desesperación de la muchacha no tuvo ningún efecto, por el contrario, Dan había

comenzado a darle golpes como si Cris fuera un saco de boxeo. Kirsten comenzó a arrastrarse con gran dificultad. Se sentía muy débil y con dificultades para respirar, pero tenía que acercarse a Dan a toda costa para detenerlo y robarle el collar.

Cris se sentía impotente, cansado, nunca había experimentado un sentimiento tan desagradable y sobre todo tan humillante. ¿Cómo podían los humanos siendo tan débiles sentirse fuertes? En el estado en que se encontraba, difícilmente habría derrotado a Dan.

La verdad era que había jugado a ser adulto y estaba pagando por las consecuencias. Con terror, vio a Dan girarse y arrancar un trozo de madera puntiagudo de las manos de Kirsten y luego atravesárselo en el pecho.

—Adiós, mi pequeña.

Kirsten abrió los ojos mientras presionaba su abdomen. Se sintió estúpida por intentarlo. Por tratar de salvar a su amor. Volvió la cara hacia Cris, que la miró en estado de shock mientras intentaba levantarse.

—Y ahora, un buen chapuzón —le susurró Dan en el oído. Después, levantándola como si fuera una pluma, la arrojó al agua.

—¡Kirsten, no! —gritó Cris, corriendo furiosamente hacia Dan que cayó al suelo sorprendido.

—Vaya, tienes fuerza por haberte convertido en humano. Pero sabes, me estás haciendo cosquillas —se burló Dan con una sonrisa y Cris, cegado por la ira, continuó golpeando. Cuando Dan se cansó, le agarró del pelo con fuerza haciéndole gritar. Pero en el momento en que la morena, presa de un instinto asesino, estaba a punto de golpear a Cris en el pecho con la misma afilada madera que había usado con Kirsten, la nave comenzó a balancearse peligrosamente y el cielo comenzó a tronar.

El fuerte oleaje chocaba con el casco del barco haciéndolo casi volcar, la cadena del ancla se había roto y la nave iba a la deriva.

—¿Qué demonios está pasando? —preguntó Dan tratando de levantarse. Cris, ahora sin aliento, se limpió el labio partido y miró el muelle, que se alejaba cada vez más. Apretó los puños gritando con toda su fuerza y aliento. Otro alarido más horrible e inhumano respondió al de Cris. Los ojos de Dan se abrieron de miedo, mientras Cris lo miraba con sorna.

—Dame el collar y le pediré a mi padre que detenga el Kraken. No tienes elección.

Apretando los dientes, Dan tomó el caparazón con el alma de Cris dentro, observándolo con anhelo.

—Lo siento, pero moriré de todos modos. Llegados a este punto ... —sonrió arrojando el caparazón al suelo — ... lo destruiré —Levantó el pie y lo golpeó con fuerza, destruyéndolo en mil pedazos.

El corazón de Cris se detuvo por un segundo, mientras petrificado, veía su alma disolverse en el aire. Quedaría siendo un ser humano de por vida. No volvería a las profundidades.

Grandes tentáculos largos emergieron amenazadoramente del mar y se abalanzaron sobre el barco con violencia inusitada. Cris se arrojó al océano con el temor de que el impacto con el agua liberara las descargas eléctricas habituales, pero no sucedió nada. Jadeando, observó cómo el bote se partía en dos, hundiéndose lentamente en las aguas con el Kraken.

Un relámpago atravesó el cielo, iluminando el mar por unos momentos y Cris vio a Kirsten a pocos metros de él, agonizante, asida a un trozo de madera del barco. Con el corazón acelerado, Cris comenzó a nadar hacia ella, pero cuanto más se acercaba, más disminuía su fuerza.

Nunca lo habría logrado, pensó enojado. Sus piernas humanas se estaban entumeciendo debido al agua helada y el poco aliento que le quedaba le hacía abandonarse a su destino. Incluso si la hubiera alcanzado, no habría tenido la fuerza para llevarla hasta la orilla. Él rió con ira y una ola

lo arrastró hundiéndose. Se dejó arrastrar indiferente hacia las profundidades del abismo.

Era el final. La morena tenía razón, no era digno de gobernar los mares como su padre.

“Perdóname padre. Fui un hijo inconsciente y una deshonra. Mereces un mejor heredero” pensó, esperando que le escuchara igual a pesar de que ahora era un humano. No recibió respuesta y por un momento quedó atónito, temblando, como atravesado por una descarga eléctrica. En ese instante, aunque estaba bajo el agua, Cris reanuda a respirar con normalidad; sus piernas se transformaron en una larga cola de pez y luego otro golpe violento en el pecho, irradió electricidad por todo su cuerpo y dos majestuosas alas de color carmesí aparecieron en su espalda, como las que una vez tuviera su madre. Había recuperado su alma de criatura del mar. Antes de hacerse preguntas, observó apavorado el cuerpo inconsciente de Kirsten hundiéndose. Con un golpe de aleta se impulsó hacia las profundidades y como un rayo la alcanzó. La rodeó por la cintura, sosteniéndola cerca, luego salió rápidamente fuera del mar.

Se elevó en el cielo gritando, sintiéndose vivo otra vez. Voló a la orilla y dejó el cuerpo de Kirsten muy suavemente sobre la arena, colocando de inmediato sus manos con las palmas extendidas sobre la herida. En unos momentos comenzaron a brillar y gradualmente la herida se curó por completo. Sin embargo, al ver que Kirsten no volvía a respirar, comenzó a hacerle el boca a boca. —Vamos Kirsten, respira —murmuró desesperadamente, sin dejar de maniobrar.

Uno. Dos. Tres. Nada. El corazón de Kirsten no quería volver a la vida. Su rostro estaba apagado, su piel comenzaba a enfriarse y Cris maldecía con los ojos llorosos.

—¡Maldita sea, respira! Por favor, por favor, por favor. No puedes dejarme No puedo y no quiero pasar mi eternidad sin ti ... porque te amo —reprimió un sollozo cerrando los ojos. ¿De qué servía recuperar sus poderes si no había logrado salvar a la mujer que amaba?

Inesperadamente, Cris sintió un fuerte hormigueo en todo el cuerpo, comenzando a temblar y poco después, un terrible dolor en los omóplatos lo hizo gritar. Todo sucedió tan rápido que le sorprendió. El dolor desapareció y sus alas comenzaron a disiparse como por arte de magia convirtiéndose en polvo e instalándose en el cuerpo de Kirsten. La piel de la joven lo absorbió rápidamente.

—Kirsten —exclamó Cris, colocando la mano sobre su pecho, que subía y bajaba débilmente; Cuando sintió los latidos de su corazón, vibró de alegría.

Kirsten murmuró lentamente abriendo sus pesados párpados y al enfocar, vio la cara de Cris sonriendo mientras la miraba.

—Pensé que estaba muerta —dijo incrédula tratando de levantarse. Cris sonrió ayudándola y se dio cuenta de que en lugar de los tentáculos tenía una larga cola de pez. La marca con el tridente boca abajo en la muñeca había desaparecido. Kirsten también lo notó e inconscientemente clamó.

—Oh, Dios mío, pero qué ... ¿Cómo es esto posible? —Sus ojos se llenaron de lágrimas, lágrimas de alegría. Se había vuelto como Cris ahora. Ya no estaba marcada.

—¿Ha sido tu padre? —preguntó, pero ya sabía la respuesta. Cris sonrió radiante, tomó su rostro mirándola hechizado.

—Te amo —susurró ella, entrecerrando los ojos.

—Te amo —respondió él, y acercándose la besó profundamente.

Segundos más tarde, se escuchó una tos y ambos se separaron de mala gana.

—Vamos, no podéis besaros aquí en la orilla. Algunos humanos podrían veros y ... excitarse, como yo en este momento —los regañó Mack a pocos metros de ellos con los brazos cruzados. Cris y Kirsten se echaron a reír, seguidos por Giveon, quien también volvió a su forma original.

—¿Lista para pasar la eternidad conmigo? —preguntó Cris.

Kirsten sonrió tomando su mano: —Más que lista.

Finalmente dieron una última ojeada a la playa y se sumergieron más allá del abismo.

Fine.